

BIBLIA PARA DELEGADOS/AS

38. LAS CARTAS CATÓLICAS.

Cartas universales por destino o aceptación

Siete escritos del Nuevo Testamento forman las llamadas “cartas católicas”: la Carta de Santiago, las cartas 1ª y 2ª de San Pedro, la 1ª, 2ª y 3ª de San Juan y la de Judas.

A ellas se podría añadir la carta a los Hebreos, una vez que se descubrió con claridad que su autor no era Pablo. Católicas, o sea, universales porque el contenido de estas cartas es destinado a toda la Iglesia, más que a una Iglesia particular. Pero en realidad la temática es muy diversa.

Carta a los Hebreos

Más que una carta, es como una homilía. Su autor ha empleado recursos de una elegante oratoria. No es de San Pablo, sino de un discípulo anónimo suyo. Se dirige a judíos convertidos que viven en Roma y que atraviesan momentos de desánimo por la persecución que les rodea. La fecha de composición es discutida: unos creen que es anterior a la destrucción de Jerusalén (año 70). Otros apuntan a una fecha posterior, cuyo tope sería el año 95.

El tema principal es el sacerdocio de Cristo y el consiguiente culto cristiano. A la tradición del sacerdocio judío, opone el autor la persona de Jesucristo, Hijo de Dios, el gran mediador, superior a Moisés; es el «sumo sacerdote». El autor lo explica comentando el Salmo 110 y su trasfondo de Gn 14. Jesús no era de la tribu levítica, ni ejerció de sacerdote de la institución judía, era un laico. Su muerte no tuvo nada de litúrgico, fue simplemente un crimen cometido contra un inocente. Si el autor llama «sacerdote» a Cristo —el único lugar del Nuevo Testamento donde esto ocurre— lo hace rompiendo todos los moldes y esquemas, dando un sentido radicalmente nuevo, profundo y alto a su sacerdocio, y por consiguiente al sacerdocio de la Iglesia.

Jesucristo es el mediador de una alianza nueva y mejor, anunciada ya por Jeremías (cfr. Jr 31). Su sacrificio, insinuado en el Sal 40, es diverso, único y definitivo; inaugura, ya para siempre, la perfecta mediación de quien es, por una parte, verdadero Hijo de Dios y, por otra, verdadero hombre que conoce y asume la fragilidad humana en su condición mortal. Su sacerdocio consiste en su misma vida ofrecida como don de amor a Dios su Padre, a favor y en nombre de sus hermanos y hermanas. Una vida marcada por la obediencia y solidaridad hasta el último sacrificio. Dios transformó esa muerte en resurrección, colocando esa vida ofrecida y esa sangre derramada por nosotros en un «ahora» eterno que abarca la totalidad de la historia humana con la mediación de su poder salvador.

Los cristianos participan en este sacerdocio de Cristo. Es la misma vida del creyente la que, por el bautismo y su incorporación a la muerte y resurrección del Señor, se convierte en culto agradable a Dios, o lo que es lo mismo, en un cotidiano vivir en solidaridad y amor, capaces de transformar el mundo. En esta peregrinación de fe y de esperanza del nuevo pueblo sacerdotal de Dios hacia el reposo prometido, Cristo nos acompaña como mediador, guía e intercesor.

Carta de Santiago

El autor, Santiago, podría ser uno de los dos apóstoles, el mayor y el menor, o el «hermano del Señor». En la actualidad, muchos biblistas piensan que se trata de una obra pseudónima, escrita

hacia finales del s. I. Los destinatarios, la diáspora judía de las Iglesias difundidas por Asia y Europa.

Más que carta es un como un escrito sapiencial del Antiguo Testamento, lleno de refranes y aforismos del libro de los Proverbios. Su contenido: una lista de temas o serie de instrucciones para la vida cristiana: la debatida cuestión de fe y obras (2,14-26), la regeneración por la palabra y el mensaje (1,18) y la ley de la libertad (1,25; 2,12). Es probable que el autor se inspirara ampliamente en temas de la ética judía, pero dándole contenido cristiano y aplicándolo a situaciones y necesidades concretas de las comunidades a las que se dirige.

Una de estas necesidades, y por la que se ha hecho famosa como punto de referencia neotestamentario, es el tema de la obras sin las cuales la fe carece de sentido, «está muerta del todo» (2,17). El autor conoce probablemente la enseñanza de Pablo sobre la fe y las obras, y parece reaccionar contra las consecuencias abusivas de dicha doctrina. Santiago, por supuesto, piensa en las obras que debe realizar un cristiano que vive ya de la fe que salva. De todas formas, la intención del autor es exhortar a los cristianos a ser consecuentes con la fe que profesan y a testimoniarla con una vida ejemplar.

1ª Carta de San Pedro

Inicia con «Pedro, apóstol de Jesucristo»; al final, dice que escribe desde Babilonia, denominación intencionada de Roma. A lo largo de la carta se presenta como anciano, testigo presencial de la pasión y gloria de Cristo (5,1); cita, aunque no verbalmente, enseñanzas de Cristo. La tradición antigua ha atribuido la carta a Pedro desde muy pronto. Hoy no estamos tan seguros de esto.

El tema central es la necesidad y el valor de la pasión del cristiano a ejemplo y en unión con Cristo. Encarga la redacción a Silvano (5,12). Tal vez la escribió el propio Pedro antes del año 67, fecha límite de su martirio, a los cristianos que sufrían la persecución de Nerón. Otra posibilidad: la carta es de un autor desconocido perteneciente al círculo de Pedro, que, en tiempos difíciles, quiere llevar una palabra de aliento a otros fieles, y para ello se vale del nombre y de la autoridad del apóstol.

Aunque tenga más apariencia de carta, en realidad se parece más a una homilía, al estilo de la Carta a los Hebreos. El tema dominante del escrito es la pasión de Cristo, en referencia constante a los sufrimientos de los destinatarios, comunidades pobres y aisladas que estaban experimentando una doble marginación; por una parte, la incomprensión de un ambiente hostil, y por otra, el aislamiento a que les conducía su mismo estilo de vida cristiano, incompatible con el modo de vivir pagano. El autor pone insistentemente ante sus ojos el futuro que les aguarda si permanecen fieles, es decir: «una herencia que no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse, reservada para ustedes en el cielo» (1,4), pero no para que se desentiendan de los deberes de la vida presente, sino todo lo contrario, para que con una conducta intachable: «estén siempre dispuestos a defenderse si alguien les pide explicaciones de su esperanza » (3,15).

2ª carta de San Pedro

Este autor escribe a creyentes convertidos del paganismo, como lo sugieren el estilo, los influjos de la filosofía estoica y el tipo de herejías que combate. Es probable que se trate del último escrito del Nuevo Testamento, compuesto hacia finales del s. I o comienzos del s. II. Es una exhortación.

El autor se enfrenta con dos problemas principales: el retraso de la segunda venida del Señor y las herejías, preocupaciones comunes de la segunda generación cristiana. La aparente tardanza de la victoria definitiva de Jesús enfriaba los ánimos de los creyentes y cundía el desaliento y la incertidumbre ante el gran acontecimiento que, con el correr de los años, aparecía cada vez más lejano. Los enemigos se burlaban de ellos: «¿Qué ha sido de su venida prometida?... todo sigue igual que desde el principio del mundo» (3,4). El autor responde invitando a sus oyentes a mirar la historia con los ojos de la fe. El tiempo presente es el tiempo de la «paciencia de Dios», pues «no quiere que se pierda nadie, sino que todos se arrepientan» (3,9).

Por otra parte, el calendario de Dios es distinto del calendario de los hombres, pues para el Señor «un día es como mil años y mil años como un día» (3,8). De esta lectura de los signos de los tiempos, el autor saca su conclusión: una conducta irreprochable y santa no sólo sitúa al cristiano en el camino de la esperanza, sino que apresura «la venida del día de Dios» (3,12), viviéndolo ya como inminente y convirtiendo la espera no en una actitud pasiva, sino en activa colaboración que acelere la transformación final. En cuanto a las herejías o falsas doctrinas, todo induce a pensar que se trata de una forma de gnosticismo, con sus historias de mitos y la insistencia en conocimientos arcanos. El autor no las nombra, sólo insiste en el libertinaje de los herejes. Ese «día» para ellos llegará como un ladrón en la noche.

1ª carta de San Juan

Las tres cartas atribuidas a san Juan, tienen un tema común, cercano al cuarto evangelio. Las tres se deben a una misma mano —en este punto la mayoría de biblistas está de acuerdo—, aunque esa mano resulte misteriosa para nosotros. Parece se trata de un hombre de Iglesia especialmente venerado y destacado en aquel ámbito.

Se trata de una circular para distintas comunidades, aunque refiere acontecimientos concretos surgidos en el seno de la comunidad a la que el autor se dirige cuyo lugar no menciona. Parece dirigida a las Iglesias cristianas de la provincia de Asia Menor, formadas por cristianos nuevos, y lejos de Palestina. Su enemigo, el movimiento gnóstico que proclamaba que sólo unos pocos pueden tener acceso a Dios, herejía que dividió a la comunidad. La herejía afirma que Jesús no es el Cristo, y niega que el Hijo de Dios se haya encarnado (2,24; 4,15; 5,1; 5,5) y que nos haya redimido por su sangre (5,6).

Toda la carta pretende dilucidar quiénes son los que están verdaderamente en comunión con Dios, quiénes son los creyentes y los anticristos. Se dan criterios que se van reduciendo a uno solo en dos dimensiones: la caridad, y su raíz, la fe. Esta carta representa un vigoroso esfuerzo de «concentración sobre lo esencial». Puede resumirse perfectamente con este rótulo explicativo: «Centralidad de la cristología. La fe en Jesucristo, el Hijo de Dios venido en la carne, modelo de amor».

En conclusión, esta primera carta de Juan es perfectamente válida y actual, porque introduce en la teología la categoría de la sospecha, a fin de verificar continuamente la relación del discípulo con Dios y comprobar si responde o no a la verdad del evangelio. El mensaje de la carta se une perfectamente en el evangelio, en lo que tiene de más esencial. Ningún verso lo resume quizás mejor que éste: «*nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tuvo*» (4,16) y «*quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él*» (4,16). Ahora bien, no se permanece en el amor mas que viviéndolo en el humilde ejercicio cada día del amor fraterno, viviendo «*como Él vivió*» (2,6).

2ª y 3ª cartas de San Juan

A diferencia de la primera carta de Juan, estas dos mini-cartas son escritas personales, dirigidos a una comunidad. Más que cartas, son “notas o avisos breve”, previos a una visita (2 Jn 12; 3 Jn 14).

La 2ª carta de Juan va dirigida a la «Señora elegida y a sus hijos» (1), en alusión a la Iglesia que forman sus destinatarios, Iglesia hermana de otra comunidad local a la que también llama «elegida». El tema que trata es que muchos siguen afirmando que «*Jesucristo no ha venido en carne mortal: ellos son el impostor y el Anticristo*» (7). Respecto a esos tales, el consejo que da a los que se mantienen fieles a la enseñanza de Cristo es tajante: «*no los reciban en casa ni los saluden. Porque quien los saluda se hace cómplice de sus malas acciones*» (10s).

La 3ª carta de Juan va dirigida a un tal Gayo a quien alaba por la acogida y hospitalidad dispensadas a los misioneros itinerantes, entre ellos un tal Demetrio (12), enviados por «el Anciano». Condena la conducta del supuesto responsable de la comunidad local, Diotrefes, «a quien le gusta mandar», y por eso, «ni recibe él a los hermanos ni se lo deja hacer a los que quieren, antes los expulsa» de la comunidad (9). Es probable que el autor pensase en destituir de su cargo al tal Diotrefes.

Carta de Judas

El remitente se presenta como Judas, hermano de Santiago. No puede ser Judas Tadeo, ya que el autor se distingue de los apóstoles (17). Entre los «hermanos de Jesús» se encuentra un tal Judas (Mc 6,3; Mt 13,55), pero tampoco ése puede ser el autor de la carta, pues ha pasado ya tiempo desde la era apostólica (3s).

La calidad del lenguaje griego, con su riqueza de vocabulario y composiciones típicamente griegas, junto a las citas de los libros apócrifos *Asunción de Moisés* y *Enoc*, hacen pensar que el autor es un judío helenístico convertido, que escribe a finales del s. I o principios del s. II a cristianos procedentes del paganismo. En los primeros tiempos se dudó de la canonicidad de la carta; aparece citada como canónica por primera vez hacia el año 180.

La carta es un alegato contra ciertos falsos doctores, más violento en el tono que en la sustancia. Recrimina en vez de refutar con argumentos. Lanza ataques genéricos sin precisar; amenaza con ejemplos terribles. Con todo, procura temperar su rigor con la comprensión y la compasión (22s). Nos enseña que frente a ciertos errores doctrinales y morales hay que tomar posición clara y firme, sobre todo si causan división y discordia en la comunidad.

Es muy difícil completar el perfil de los falsos maestros con los rasgos de la carta. Si supiéramos de antemano que profesaban un gnosticismo incipiente, podríamos identificar detalles y rastrear indicios. De modo general, se puede decir que eran seguidores de doctrinas que separaban radicalmente lo espiritual de lo material, de tal manera que al mismo tiempo que se consideraban gente espiritual, llevaban una vida de desenfreno moral. Sus métodos parecen ser no violentos: «se han infiltrado» (4), participan en los ágapes cristianos (12), halagan (16).